

En toda la pintura española actual no existe otra más casera, más pueblerina, más evangélica, en una palabra, que la que realiza el paciente Antonio López García. Pintura trabajada a conciencia y para la que antes de llevarla definitivamente al lienzo ha realizado multitud de dibujos de una precisión y seguridad leonardesca. El mundo de este pintor es un mundo propio, pero claramente perceptible a poco que miremos con atención concentrada a nuestro alrededor. Al mismo tiempo las cosas y los rastros de los seres que algún día estuvieron presentes allí, que aún siguen permaneciendo, aunque ya no estén del todo.

Algunos habrá que crean que los personajes de Antonio López García son inventados, que no se dan en la vida corriente. Después de haber estado viendo sus últimas obras, muchas de ellas sin terminar, he salido a la bulliciosa calle madrileña. Cercana a una

boca del Metro, una mujer toda vestida de negro, con mirada fija de buho, permanece apoyada en una farola, ajena a todo lo que le rodea, pero lo más sorprendente de esta persona es que una y otra vez desgrana los mismos compases de la conocida canción *La violeta*, sirviéndose como instrumento musical de un cornetín del ejército.

Sus personajes existen, doy fe de ello.

NOTA BIOGRAFICA

Antonio López García, nacido en Tomelloso (Ciudad Real) en 1936. Primer maestro, su tío el pintor manchego Antonio López Torres. Estudios académicos en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Primera exposición en 1955, conjuntamente con el pintor Lucio Muñoz y los escultores Julio y Francisco López. Premios locales, provinciales y regionales. Bolsas de viaje que le han permitido visitar Italia, Francia y Grecia. Está casado con una prometedora y desconocida pintora llamada María del Pilar Moreno. Domicilio en Madrid, calle de Embajadores, 135. Ultimamente ha realizado bajorrelieves en escayola en los que también el realismo tiene el mismo toque de misterio.

P a n o r a m a

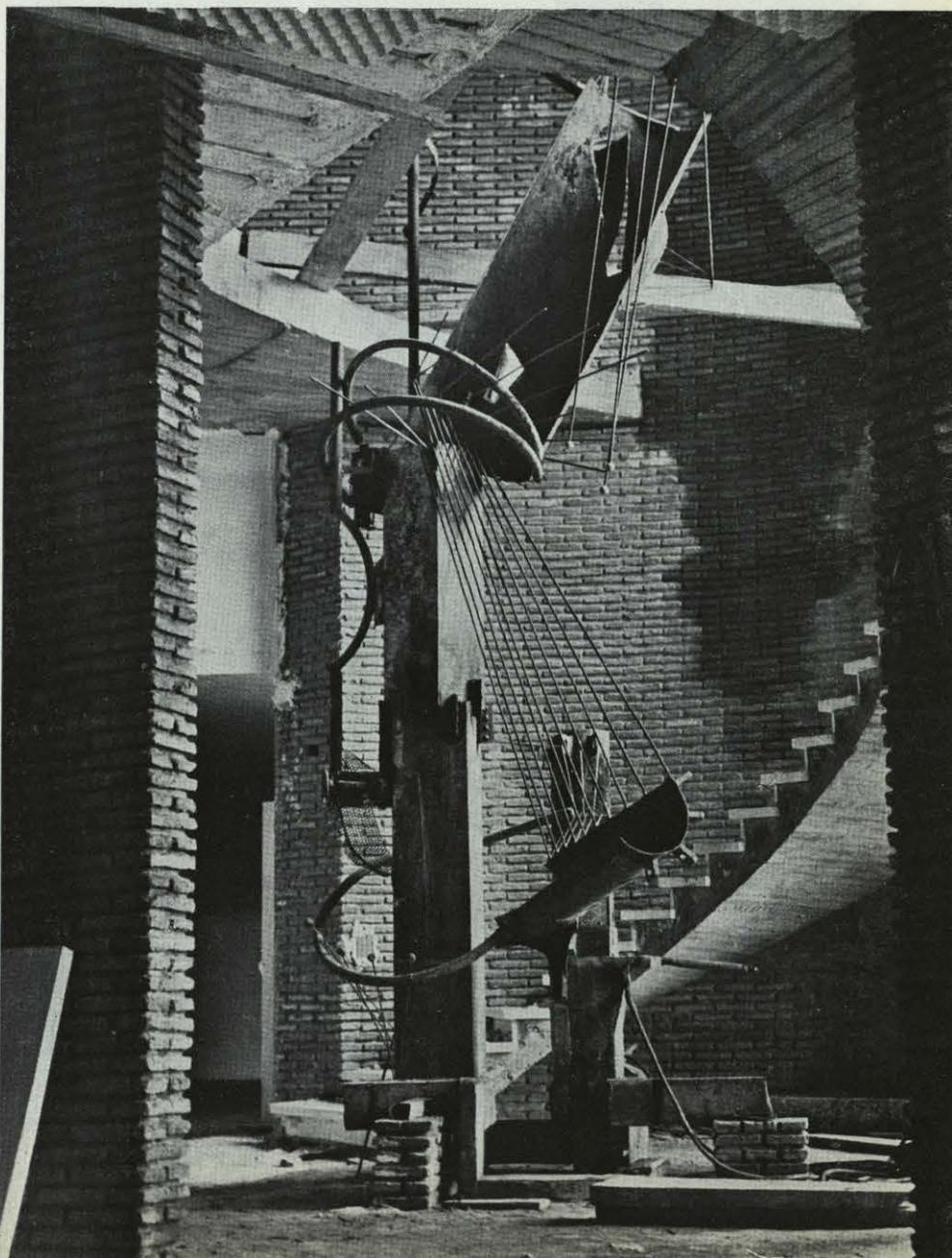
POLEMICA EN TORNO A UNA ESCULTURA DE PABLO SERRANO

El conocido hombre de negocios señor Meliá, fundador de la agencia turística de su nombre, ha ido con los años ampliando el radio de acción de sus negocios, estableciendo también una cadena de hoteles en los lugares más favorecidos por los viajeros.

Quien conozca la decoración del "Hotel Castilla" en Toledo, del "Córdoba Palace" y del "Nevada", este último en Granada, ya puede deducir las preferencias artísticas del jefe de la empresa. En los últimos proyectos se encargaron las obras a un arquitecto de la responsabilidad y la inquietud de Antonio Lamela, el cual ha procurado que tanto arquitectura como obras de arte se correspondan en un denominador común de calidad y actualidad.

En el último de los establecimientos hoteleros de la cadena, el "Tres Carabelas", inaugurado en Torremolinos este pasado verano, se encargó al gran escultor Pablo Serrano de una obra escultórica que debía construirse aprovechando el hueco circular de la escalera principal del hotel. Primero se pensó en una fuente, para la cual Serrano realizó tres proyectos distintos, pero ante las dificultades en el suministro de agua se sustituyó por una composición escultórica, para la que Serrano hizo un cuarto y definitivo proyecto.

De la magnitud de la escultura basta con decir que mide diez metros de altura y que tuvo que ser construída *in situ* con cables tensados que mantenían el equilibrio de las piezas metálicas. Pablo Serrano tituló a su obra *Viaje a la luna en el fondo*



del mar, la cual tenía una decidida intención "Da-dá", creacionista, al incorporar objetos como viejas máquinas de escribir, ruedas de bicicleta, etc.

Como era de esperar, al señor Meliá no le gustó la obra escultórica y mandó fuese retirada de allí, como él mismo ha confesado. Pero lo que hay que aclarar es que para ser "retirada" tuvo que ser destruída al cortarse los cables que aseguraban el necesario equilibrio, sin la menor explicación previa al escultor.

La desconsideración fué excesiva para uno de los más importantes artistas contemporáneos españoles, y la reacción no se hizo esperar, cundiendo las protestas de críticos y otras personas que saben lo que supone el arte presente para nuestro país. Ante la polémica suscitada, el señor Meliá dió cier-

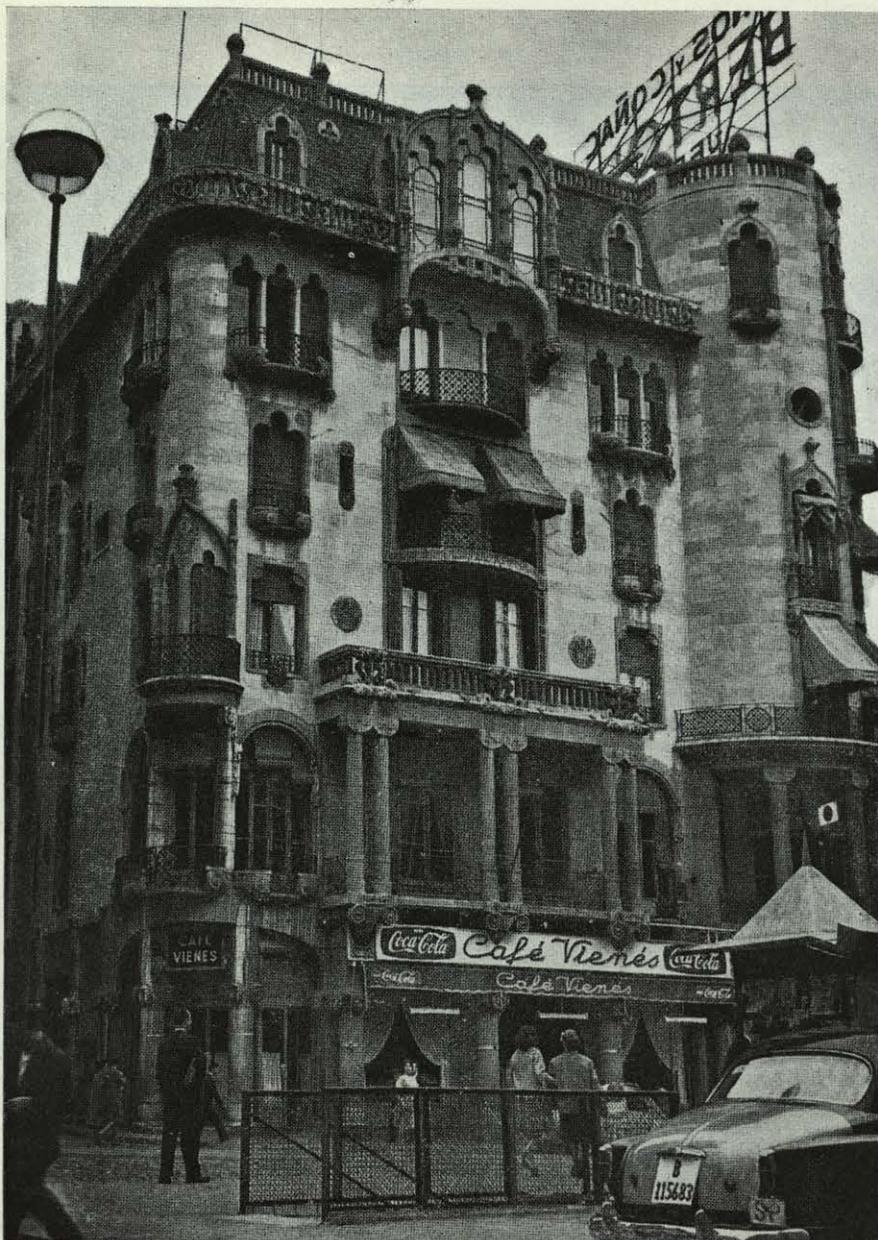
tas explicaciones de urgencia, con la excusa de que lo que querían era "trasladar" la escultura a otro sitio. Mal puede trasladarse una cosa que ha empezado por romperse y que fué realizada para un lugar determinado. ¿Se consultó acaso con el escultor para saber si él autorizaba un nuevo emplazamiento? Desde luego que no, por lo que la excusa no es válida, sobre todo en un caso en que la obra ni siquiera estaba pagada en su totalidad, ni por tanto disponer de ella libremente.

El propio escultor ha manifestado a este respecto: "Esa obra no puede ser montada (ni aun en el caso de que estuvieran todas sus partes en perfecto estado) en otro lugar que el dispuesto desde un principio. La escultura contenía características propias de composición espacial y desarrollo rítmico de

acuerdo al sentido ascendente de la escalera, a la que servía de eje entral. La obra no causaría el mismo efecto estético en otra parte, donde tal vez no pudieran comprenderse los ritmos que en ella se acusan, que estaban en función expresa del espacio que ocupaban."

El escultor no transige con la arbitrariedad y la polémica ya ha tomado el camino de las reclamaciones judiciales. Si la escultura no es colocada en el lugar para el que fué hecha y pensada, la empresa tendrá que abonarle 500.000 pesetas, que el escultor cede íntegras para obras de carácter cultural. Ahora, los tribunales tendrán que fallar si no se llega al acuerdo que es deseable.

R. de L.



DEFENSA DEL MODERNISMO CATALAN

Los arquitectos barceloneses se encuentran alarmados, y con ellos todas las personas sensibles y amantes de la cultura patria. No es para menos, y la voz de alarma ya ha rebasado los ámbitos de Cataluña, llegando hasta Madrid y otras ciudades.

El "modernismo" catalán está en peligro, y la primera víctima señalada es la "Casa Fuster", que en el paseo de Gracia construyó Luis Domenech y Montaner, el arquitecto barcelonés más famoso de su tiempo después de Gaudí, y a quien se le deben obras muy características de Barcelona, entre ellas el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo y el fantástico cuento de hadas del Palacio de la Música catalana.

Cualquier ciudad está obligada a defender sus características más personales, y el "modernismo" en Barcelona no fué algo episódico como en Madrid, sino consustancial con un momento decisivo del engrandecimiento barcelonés, elevado a categoría artística de primera magnitud por el genio solitario de Gaudí.

Barcelona se encuentra en estos instantes en un trance parecido por el que pasó Madrid por los años veinte, cuando se propuso, nada menos, que el derribo del antiguo Hospicio de la calle de Fuencarral para hacer en su solar casas de pisos. Voces autorizadas impidieron entonces el ultraje. Esperemos tener ahora la misma fortuna.